

¿Ser o no ser Ayotzinapa?

¿To be or not to be Ayotzinapa?

María Concepción Lizeth Capulín Arellano

Fernando Zarco Hernández

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo (México)

Resumen

Este trabajo busca explorar los significados de la expresión “Yo soy Ayotzinapa”, como manifestación de apoyo de la sociedad civil al movimiento por los estudiantes desaparecidos de la normal rural “Raúl Isidro Burgos”, desde septiembre de 2014. Para lograrlo, hacemos un breve recorrido por algunos movimientos sociales, que han utilizado frases de apoyo similares, y discutimos también una postura alternativa basada en la diferencia. De esta manera, pretendemos dar cuenta de la multiplicidad de subjetividades que surgen en torno a un movimiento de alcance internacional, con la finalidad de generar alianzas para romper con el individualismo que permea nuestra sociedad.

Palabras clave: Ayotzinapa, diferencia, equidad, movimientos sociales, subjetividad.

Abstract

This paper aims to explore the meanings of the expression “I am Ayotzinapa”, as a supporting manifestation to the social movement about the disappeared students from the rural normal school “Raúl Isidro Burgos”, since September 2014. To get this aim, we present a brief path through some social movements, which have used similar supporting phrases, and discuss an alternative point of view, based on difference. Thus, we pretend to realize of the multiplicity of subjectivities arisen around an social movement with international extent, in order to generate alliances to break down with the individualism permeating our society.

Key words: Ayotzinapa, difference, equality, social movements, subjectivity.

Introducción

¿Qué significa ser o no ser Ayotzinapa? Hay muchas respuestas para esta pregunta. El objetivo de este trabajo es discutir algunas de ellas, con la finalidad de reflexionar sobre las prácticas discursivas que encontramos en torno al sentido o falta de pertenencia al movimiento que enarbola la frase “Yo soy Ayotzinapa”.

Este movimiento surge a raíz de los hechos ocurridos entre el 26 y 27 de septiembre de 2014, cuando un grupo de estudiantes de la Normal Rural “Raúl Isidro Burgos” de Ayotzinapa fueron desaparecidos en Iguala, Guerrero (Cisneros, 2015). Desde entonces, se han llevado a cabo marchas y manifestaciones por la sociedad civil como muestra de solidaridad con los estudiantes y sus familias, pero también como una expresión de rechazo ante estas formas tan cínicas de violencia por parte del Estado. Por otro lado, estos acontecimientos han puesto en evidencia la negligencia y falta de sensibilidad por parte del Gobierno para atender y dar seguimiento a éste y a muchos otros casos similares.

Tal situación ha provocado reacciones a nivel nacional e internacional, desde las que buscan vincular esta causa con otros movimientos de reivindicación y justicia, hasta las que restan importancia a los acontecimientos, como el famoso “ya supérenlo” de Peña Nieto (Aristegui Noticias, 2014), que exhorta a borrar lo sucedido de la memoria colectiva (del mismo modo en que se han pretendido anular otras luchas).

Es así que nos preguntamos, ¿qué es lo que nos hace identificarnos, o no, con este movimiento? Es decir ¿qué representa lo sucedido en Ayotzinapa para ciertos grupos? ¿Por qué hay quienes se identifican con este movimiento y quienes no? ¿Qué es lo que nos hace salir a las calles a protestar? ¿Cómo generar alianzas para romper con el individualismo que permea nuestra sociedad?

Estas preguntas, entre otras, nos guían en este breve recorrido, que pretende profundizar en la dimensión sociopolítica y de la subjetividad de pertenencia o rechazo a un movimiento social de dimensiones internacionales.

Yo soy Ayotzinapa

Las muestras de impunidad y autoritarismo del gobierno mexicano no comenzaron en Ayotzinapa. Entre los actos represivos de los últimos años, mencionemos la masacre en Aguas Blancas, Guerrero, en 1995 (Reyes, 2011); la matanza de Acteal, Chiapas, en 1997 (“Matanza de Acteal”, 2014); la detención y asesinato de habitantes de Atenco, en el Estado de México, en el 2006 (Fernández, 2014); los feminicidios en Ciudad Juárez,

Chihuahua, y del resto del país (Observatorio Ciudadano Nacional del Femicidio, s.f.).

Recordemos, además, que en la víspera de campaña electoral federal, estudiantes universitarios protestaron rechazando la imposición mediática del entonces candidato del PRI, Enrique Peña Nieto. Los estudiantes publicaron un video donde 131 de ellos contestaban a las declaraciones de funcionarios públicos que pretendían minimizar el impacto de su mensaje, tachándolos de acarreados y la no pertenencia al ámbito universitario (Aristegui Noticias, 2014b). En realidad se trataba de un movimiento más en la serie de protestas que han levantado su voz en contra de la desigualdad y la injusticia a lo largo de la historia de este país. El “Yo soy 132” denota el apoyo a este movimiento estudiantil, por otros agentes sociales, nacionales como internacionales, sumados a sus protestas.

Pero estas expresiones no son exclusivas del movimiento “Yo soy 132”. Encontramos manifestaciones similares de apoyo en movilizaciones como “la marcha de las putas”, una protesta contra las violaciones de los derechos de las mujeres en el espacio público. Comenzó en Canadá en respuesta a los comentarios de un policía, quien afirmó en una conferencia sobre seguridad que las mujeres deberían evitar vestirse como putas si no querían sufrir violencia sexual. La marcha se difundió rápidamente por otros países, entre ellos México, con el objetivo de resignificar la palabra “puta” y reapropiarse de ella (Lamas, 2011).

“La marcha de las putas” da cuenta de que todas las mujeres son putas, desde la perspectiva de un sistema patriarcal que culpa a la víctima en lugar del agresor, cuando se trata de casos de violencia sexual. De ahí que muchas personas se sumen a este objetivo, bajo la consigna de “yo también soy puta”. La resignificación de un insulto es una estrategia recurrente en varios movimientos sociales. En el caso que nos atañe, el término “Ayotzinapo” funge como calificativo peyorativo entre quienes buscan denostar a los estudiantes normalistas de Ayotzinapa (Ocampo, 2014). Así, la expresión “yo soy Ayotzinapa” podría implicar la resignificación de tal calificativo. Sin embargo, si bien este término de adscripción a un movimiento implica sumarse a él, existen también otras maneras de verlo.

Yo no soy Ayotzinapa

Recientemente circuló por redes sociales la entrada de un blog titulado “Nosotras no somos Ayotzinapa” (s.f.), cuya autora argumenta:

No soy Ayotzinapa porque no soy pobre, no soy indígena ni campesina y tampoco soy hombre. Sé dónde estoy parada, sé que soy una estudiante mestiza, pasante de una carrera burguesa, de una universidad privada y diagnosticada como

mujer al nacer con todas las implicaciones culturales, políticas y sociales que eso conlleva.

La postura antagónica de este blog descansa sobre la idea de que “toda violencia y conflicto está atravesada por la clase, por la raza y por el género, con todas las opresiones y privilegios que eso implica, y es indispensable el análisis desde ahí para no caer en romanticismos”.

Esto no implica la falta de solidaridad con el movimiento, sino la convergencia con su objetivo, pero desde una postura distinta. La misma autora lo explica:

Me solidarizo con Ayotzi porque he aprendido a escuchar les otros, porque ya no necesito visibilizar a otras personas como parte de mi familia o círculo cercano para indignarme. Porque no necesito pensar que me puede pasar a mí para que me dé rabia.

Tales reflexiones problematizan la noción de un sujeto universal como eje político, para apostar por la diversidad y la confluencia desde un paradigma que tome en cuenta las diferencias entre distintos movimientos sociales y, desde ahí, generar conexiones y alianzas.

¿Desde dónde nace la solidaridad de algunos?

El argumento anterior puede contener cierta polémica y complejidad en sí mismo; la autora asume una posición aparentemente solidaria, reconociendo en ella la rabia que le genera la injusticia cometida; al mismo tiempo, sabe que no es indígena, no es pobre, que sus condiciones son distintas, quizá privilegiadas, pero eso no le impide manifestarse en contra de lo sucedido.

Sin embargo, existen discursos en los cuales nos hace reparar también, especialmente en ciertas prácticas propias del patriarcado colonizador, que se manifiesta en la ferviente defensa de usos y costumbres de los pueblos de México, pretendiendo hacer de las tradiciones o pueblos, marcas registradas para el capitalismo. ¿Dónde está puesta la solidaridad de éstos? Lo que se asoma como evidente, es cómo se puede favorecer al pueblo, siempre y cuando sonrían para la foto que será exhibida para vender una imagen del país, pero también para vender al país. Aquí la solidaridad que expresan no parece clamar justicia por quienes hacen ruido en esa imagen perfecta.

Son el resto que estorba a la misión totalizante del discurso capitalista, puesto que, parafraseando a Alicia Ruth Álvarez (2013), la lógica del capitalismo promueve la creencia de un goce total; y tanto este discurso, como el de la ciencia, “se presentan sin resto. La función del resto (a), como desencadenante del discurso y como corolario de la barradura del \$, está rechazada de estos discursos” (p. 149). Algo de lo

rural e indígena traba aquellos planes, se mantiene en resistencia, pese al incesante acoso de las iniquidades, de la brutal explotación de indígenas y sus pueblos, de las masacres cometidas hacia hombres y mujeres que se levantan para defender su voz y el llanto de sus hijos e hijas.

Slavoj Žižek (2011), retomando a Lacan, dice que “la pregunta original del deseo no es directamente ‘¿qué quiero?’ sino ‘¿qué quieren los otros de mí?, ¿qué ven en mí?, ¿qué soy yo para los otros?’” (p. 19). Y pensando en esto, podríamos notar que en los procesos electorales, para alcanzar el sitio de poder que se persigue, las preguntas anteriores van dirigidas a una sociedad con intención de responder, con la simulación de ser aquello que el pueblo necesita. Sin embargo, si estas preguntas surgen del pueblo y se dirigen al sistema que le gobierna, podría encontrarse que no corresponden las demandas con aquello que se recibe. ¿Qué quiere el gobierno de mí?, ¿qué ve en mí?, ¿qué soy yo para el gobierno?

Luego, quizá lo que hallemos sea la manifestación de multitudes, síntomas sociales como expresión de lo que en la división de clases, no anda.

No hay tiempo para aparentar neutralidad ante los hechos infames ocurridos y que siguen repitiéndose todos los días. Pretender hacerlo es casi convertirse en cómplice al guardar silencio. El miedo y la impotencia también son parte de la experiencia en el cuerpo que se ve confrontado con la realidad paralizante, medida cualitativamente ante las agresivas expresiones del poder opresor, que podemos observar en las imágenes que nos muestran a un campesino tratando de defenderse con machete en mano, o una mujer campesina empujando a un policía, mientras éste le apunta o dispara a matar con armas de alto calibre. Así termina surgiendo en algunas personas la exclamación de que “¡nada se puede hacer!”. Esto recuerda a David Pavón-Cuellar (2014) cuando expresa: “La impotencia, por más imaginaria que sea, no deja de ser lo que nos invade cada vez que dejamos de soñar y creemos poner los pies en la tierra” (p. 41).

Consideraciones finales

¿Qué intereses están en juego que permiten la violencia y el desalojo de las comunidades rurales e indígenas? ¿Por qué representan un obstáculo para los intereses y valores de mercado de ciertos grupos investidos de poder, que haciendo uso de medios masivos de comunicación, insisten a otros que la vida exitosa es la que se sustenta en la capacidad de consumo? ¿Qué resulta de estos razonamientos?

Podríamos pensar en la frustración ante la dificultad económica para poseer bienes que marcan un estatus. O bien la sensación de poder en aquellos que logran satisfacer un deseo de tener que a su vez se incrementa. Podríamos pensar en un sistema que todo lo absorbe, cual mancha voraz que a su paso todo lo traga. Así tenemos el estar viendo

cómo nos quedamos sin aquello que fervientemente se defendió alguna vez, como el petróleo, por ejemplo, y “¿qué podemos ahora decir sobre el agua?”.

Pareciera que el afán de consumo nos individualiza, fragmenta las relaciones como colectividad, envolviendo a los sujetos en formas desechables de relación en donde la importancia radica en el uso que se le pueda dar al otro para asumir mayor poder. Entonces no extrañan comentarios como “¿y yo qué culpa tengo?” ante las “molestias” causadas por las manifestaciones solidarias con las familias de los estudiantes desaparecidos de Ayotzinapa. Esta pregunta crea distancias abismales con las víctimas. Parece que quienes lo dicen “no son Ayotzinapa”, ni tampoco sus hijos, amistades o compañeras, puesto que sí trabajan, tienen cosas que hacer y “no andan de revoltosos”, como se llama a quienes nos manifestamos.

¿En qué pensamos cuando gritamos en las calles, pidiendo justicia por cuarenta y tres seres humanos desaparecidos? Tal vez no sean sólo cuarenta y tres. Quizá un significado más profundo hace eco en la noción de nuestra historia y en la experiencia de cada persona que participa. Es el rostro de la tatarabuela que alguna vez, como soldadera, también gritó exigiendo justicia junto a su compañero, disparando balas que quizás arrullaban al niño/a que llevaba en brazos; es la indígena de la que apenas conocemos un rostro y escasamente su historia. No son solamente cuarenta y tres; son también miles de mujeres desaparecidas, miles de varones que salieron de casa sin imaginar vedado el rostro de seres amados.

Si bien, como señala Álvarez (2013), “la política supone el intercambio, concierne una relación” (p. 142), podemos también decir que el mismo intercambio genera la noción de un sujeto político en posiciones polémicas dentro del ámbito de los movimientos sociales. Y a su vez invita a la reflexión en torno a la igualdad y la diferencia. Vemos que afirmar “yo soy Ayotzinapa” implica la solidaridad con los desaparecidos desde la suma a su caso particular, y que afirmar lo contrario, puede, en algunos casos, implicar la solidaridad desde una postura divergente, tomando en cuenta las diferencias entre movimientos sociales por factores como la clase, el sexo, el género y la racialización.

Quizá deberíamos profundizar en la producción de propuestas que tomen en cuenta ambas posturas, de modo que evitemos caer en el individualismo y la enajenación en nombre de lo políticamente correcto. Como afirma Boaventura de Sousa Santos (2004), “tenemos el derecho a ser iguales cuando la diferencia nos inferioriza y tenemos el derecho a ser diferentes cuando la igualdad nos descaracteriza” (p. 7). En este sentido, podríamos decir *yo soy Ayotzinapa, soy Aguas Blancas, soy Acteal, soy Atenco, soy Zapatista, soy las muertas de Juárez (de Michoacán y de*

México), soy puta, soy puto, soy trans, soy indígena, soy campesino, soy obrero, soy estudiante... Y tú, ¿quién eres?

Referencias

- Álvarez, A. (2013). El inconsciente es la política: el psicoanálisis ante otros discursos. En I. Parker y D. Pavón-Cuellar (coords), *Lacan, discurso, acontecimiento. Nuevos análisis de la indeterminación textual* (pp. 141-151). México: Plaza y Valdez.
- Aristegui Noticias (2014, Diciembre 14) EPN llama a “superar este momento de dolor”, por desaparición de normalistas. Consultado en: https://youtube/kGejcgxDu_Q
- Aristegui Noticias (2014b, Noviembre 28) #Yosoy132. Consultado en: <http://aristeguinoticias.com/tag/yosoy132>
- Cisneros, J. (2015, Enero 26) 43 claves para entender el caso Ayotzinapa, a cuatro meses de su inicio. Consultado en: <http://mexico.cnn.com/nacional/2014/11/07/43-claves-para-entender-el-caso-ayotzinapa-a-43-dias-de-su-inicio>
- Fernández, E. (2014, Octubre 18) Atenco: 20 detenidos, ocho años después. Consultado en: <http://www.eluniversal.com.mx/ciudad-metropoli/2014/impreso/atenco-20-detenidos-ocho-anos-despues-127088.html>
- Lamas, M. (2011, Junio 13) La marcha de las putas. Consultado en: <http://www.proceso.com.mx/?p=272467>
- Matanza de Acteal, Crimen de Estado (2014, Diciembre 18) Consultado en: <http://regeneracion.mx/causas-justas/matanza-de-acteal-crimen-de-estado-video-inedito/>
- Nosotras no somos Ayotzinapa (s.f.) Consultado en: <http://organizandolarabia.tumblr.com/post/100626355856/nosotras-no-somos-ayotzinapa>
- Observatorio Ciudadano Nacional del Femicidio (s.f.) Consultado en: <http://observatoriofemicidio.blogspot.mx>
- Ocampo, S. (2014, Septiembre 28) Alguien contrató a los *ayotzinapos* para que vinieran a “hacer *desmadres*”, dice alcalde. Consultado en: <http://www.jornada.unam.mx/2014/09/28/politica/007n2pol>
- Pavón-Cuellar, D. (2014). *Elementos políticos de marxismo lacaniano*. México: Paradiso editores.
- Reyes, L. (2011, Junio 28) Aguas Blancas, un genocidio que aún espera justicia en México. Consultado en: <http://mexico.cnn.com/nacional/2011/06/28/aguas-blancas-un-genocidio-que-aun-espera-justicia-en-mexico>

Sousa, B. (2004) Los Derechos Humanos y el Foro Social Mundial. XXXV Congreso de la Federación Internacional de los Derechos Humanos. Quito, Ecuador. Consultado en: http://www.idhc.org/cat/documents/DUDHE_SousaB.pdf

Žižek, S. (2011) *El acoso de las fantasías*. México: Siglo XXI.

Fecha de recepción: 20 de marzo 2015

Fecha de aceptación: 27 de marzo 2015